

El símbolo: un viaje transformador hacia el interior humano

Fecha recibido: 9/12/2021 - Fecha publicación: 2/09/2022

The symbol: a transformative expedition into the human interior

Gonzalo M. de la Torre Guerrero⁶

Resumen

En nuestro proceso de crecimiento humano, va apareciendo la necesidad y la posibilidad de conocernos a nosotros mismos, de darnos a conocer a los demás y de llegar a conocer a los otros. Esto sucede a medida que nuestros cerebros se van desarrollando, van tomando su propia identidad y se van complementando en la tarea de hacernos humanos.

Los especialistas nos dicen que no nacemos plenamente humanos, sino que lo vamos siendo poco a poco, en la medida en que nuestro tercer cerebro, es decir el neocórtex, el cerebro específicamente humano, se desarrolla hasta recubrir los otros dos cerebros (reptílico y límbico) de herencia animal, y en cierta forma, tomar el mando natural que ejercen sobre nuestros instintos y arrebatárselo.

Palabras Clave: Símbolo, Humanización, Corporalidad, Conciencia, Autoconocimiento

Abstract

In our process of human growth, the need and the possibility of knowing ourselves, of making ourselves known to others and of getting to know others gradually appear. This happens as our brains develop, they take on their own identity and complement each other in the task of making us human.

Specialists tell us that we are not born fully human, but that we become so little by little, to the extent that our third brain, that is, the neocortex, the specifically human brain, develops until it covers the other two brains (reptilian and limbic). of animal heritage, and in a way, take the natural command they exercise over our instincts and take it away from them.

Keywords: Symbol, Humanization, Corporality, Awareness, Self-knowledge

6. Misionero de la Provincia Claretiana de Colombia-Venezuela; Licenciatura en Teología, Instituto Pontificio de Teología Angelicum de Roma; Licenciado en Sagradas Escrituras y Láurea en Sagrada Escritura, Pontificio Instituto Bíblico de Roma; Especialización en Ciencias Auxiliares Bíblicas, Instituto Bíblico Franciscano de Jerusalén; Doctorado Honoris Causa en Educación, Universidad Católica de Manizales. Libros: Las Parábolas que narró Jesús (2010); Los milagros de Jesús y sus relatos (2014); Con olor a Pueblo (2015); Amada Negra, Amada Pueblo (tomos 0, 1 y 2).

Parte primera: visión panorámica del símbolo

El contexto humano en el que emerge el símbolo

La tarea de llegar a ser plenamente humanos, dentro de una historia concreta

Humanizar los instintos es una de las más importantes tareas, si no la más grande, que tenemos en nuestra vida. Este es el signo de que vamos superando nuestra animalidad instintiva. La tarea de la familia, del sistema educativo, de la religión y de todas las organizaciones sociales es precisamente esta de ir haciendo de cada nuevo ciudadano un ser que vaya teniendo cada vez más claro que su esencia es la de ser humano, superando la animalidad heredada, a través del sistema evolutivo.

En esta tarea y proceso de humanizarse, el símbolo emerge no solo como la demostración palpable de que lo podemos lograr, sino como la mediación excepcional para conseguirlo con éxito. De aquí el inmenso valor que este tiene. Por eso, conocerlo a fondo no solo debe ser una inquietud científica, sino un instrumento de humanización, pues mientras mejor se conozca, mejor se puede emplear, y, mientras mejor se emplee, más y mejores oportunidades tenemos para humanizarnos y humanizar a otros. Al símbolo, pues, lo percibimos como la mejor mediación de humanización. Conocer su esencia y su funcionamiento nos hará bien siempre. Tratemos de hacerlo.

La necesidad de un elemento integrador de la corporalidad y la conciencia. La aparición del símbolo

El ser humano aparece exigido y gobernado por una doble realidad: la de su corporalidad, con toda su riqueza, y la de su conciencia, con toda su complejidad. Saber integrar estas dos realidades es lo que lo hace humano. Si no las integra, se convierte en un ser desajustado, que termina viendo en su cuerpo una tentación y en su conciencia un juez. De acuerdo a Pérez-Rioja (1988):

El símbolo y el mito son las formas expresivas primordiales del espíritu humano y el origen de todas las literaturas, a la vez que el depósito de lejanas creencias y de los más antiguos fundamentos de la ciencia. Su punto de partida son la naturaleza y las acciones humanas. (p.10-11).

La aparición del símbolo es la respuesta a la necesidad de un elemento que integre cuerpo y conciencia, no solo para que estos no se vean como enemigos, sino para que se complementen, se ayuden, se enriquezcan, se humanicen y se divinicen.

Si en la corporalidad sobresalen los instintos que la reivindican en su necesidad del alimento, de la protección y de la reproducción, en tanto que son nuestros instintos básicos, también sobresalen en ella nuestros sentidos, que son capaces de llevar el mundo exterior de las percepciones al mundo interior de su interpretación. Esto es lo que solemos llamar proceso cognoscitivo, o epistemología humana.

Pero este proceso epistemológico no sucede igual en todos los seres humanos, pues va a depender de los esquemas mentales a través de los cuales se filtra nuestro

conocimiento exterior, y que a su vez dependen del contexto cultural en que vive cada persona o grupo humano (De la Torre, 2014, p. 21-22). La propia cultura es la que hace que tengamos diferencias en lo referente a la verdad, y a todo lo que ella implica frente a las relaciones sociales, de cara a las creencias filosóficas y a los comportamientos y creencias religiosas. Si la cultura propia nos diversifica en creencias y comportamientos, ya desde aquí debemos plantearnos cómo resolver el hecho de cierta imposibilidad de que todos tengamos las mismas ideas sobre el ser humano, sobre las realidades que lo afectan y sobre las creencias que lo gobiernan. Si no hay un previo acuerdo en todo esto, la convivencia humana se hace imposible.

Creo que con esto tocamos la esencia y el valor del símbolo o de los procesos simbólicos. Porque si ya en nosotros mismos experimentamos la necesidad de una realidad que sirva de intermedio entre nuestra corporalidad y nuestra conciencia, al mirar la sociedad y sus variantes, se hace también indispensable la presencia de algo que pueda ser elemento de unidad y de constatación de diversidad, que nos haga posible una convivencia humana, pacífica, enriquecedora. Ese elemento es precisamente el símbolo: algo que integra lo exterior y lo interior acercando estos dos campos hasta el punto de ponerlos a dialogar, de hacerlos comprensibles y, en consecuencia, permitirnos una vida más humana, a medida que se le conoce y se le maneja mejor.

Lo que aporta la corporalidad, a fin de llegar a la interioridad del ser: la expresión simbólica

Nuestro ser está compuesto de materialidad y de elementos tangibles que nos hacen ocupar un lugar en el espacio vital en que nacemos y nos desarrollamos, que nos permiten relacionarnos con los otros seres que viven en ese mismo espacio y, sobre todo, que nos permiten expresar, de una manera tangible, lo que sentimos o pensamos. A esta mediación de relación la llamamos *cuerpo*, mientras que al conjunto de elementos que afectan, matizan y enriquecen dicha relación, la llamamos *corporalidad*. Esta, bajo la guía de la conciencia, va conformando ciertas expresiones, destinadas a enriquecer las relaciones y -por lo mismo- son puentes destinados a unir el campo de la corporalidad y de la conciencia. Se trata de algo externo que, por sus características especiales, se constituye en un puente destinado a unir dos mundos: el mundo que gira en torno a nuestra corporalidad, y el mundo interior que gira en torno a nuestra conciencia.

La conciencia humana, en unión con la corporalidad, crea continuamente expresiones destinadas a responder a todo tipo de relaciones, tanto consigo mismo, o sea, del mundo de la propia corporalidad con el de la propia conciencia; como con los demás, es decir el mundo de la propia corporalidad con el de las conciencias que nos contactan, y viceversa. A estas expresiones corporales las llamamos *expresiones simbólicas* cuando están destinadas a configurar, en el interior de la conciencia, una vivencia que sea capaz de producir un símbolo, es decir, una unión significativa, en un tema concreto, entre nuestra corporalidad y nuestra conciencia. Como ya lo hemos sugerido, esta capacidad de llegar a la conciencia a través de una expresión exterior,

tiene como objetivo hacer palpables, conocibles y experimentables las riquezas y los secretos del mundo interior. De esta manera, lo escondido se nos convierte en manifiesto, lo secreto en público y lo reservado en participado.

La respuesta que la conciencia le da a la expresión simbólica que la visita e interpela

Cuando la *expresión simbólica* cumple su misión de llegar con su mensaje al fondo de la conciencia, esta se siente interpelada por dicha expresión y se dispone a responder a su pregunta: ¿Qué recuerdo tienes, o qué definición tienes del ser por quien te pregunto? Recordemos que la expresión simbólica envuelve en cada uno de sus elementos, bien sean literarios, artísticos, artesanales, folclóricos, culturales, científicos, entre otros, un mensaje que envuelve a alguna de las realidades que rodean la vida de quien construye dicha expresión. Así lo asegura Bailey (1952), al sugerir que el simbolismo está relacionado con la experticia de pensar en imágenes; una destreza que los humanos actuales estamos perdiendo.

Por ejemplo, si algún contenido de la expresión simbólica afecta la imagen que se tiene de la mujer, inmediatamente la conciencia le responde con la imagen o con la definición que ella tiene de mujer, y la mente se siente afectada por la misma reaccionando positiva o negativamente, sea para su regocijo o disfrute, sea para su corrección, o sea también para rechazo de la misma.

Este acto de contactar y despertar el inconsciente frente a un tema concreto, haciendo que sus definiciones y las experiencias que tiene guardadas se activen, produce tal impacto en la mente, que la corporalidad no se queda impasible. Es cuando nuestro cuerpo responde con aclamaciones, cuando nuestras manos aplauden, cuando se nos escapan suspiros, gritos, o cuando somos capaces de comentar hondamente lo que sentimos y pensamos, al calor de este encuentro simbólico, entre expresión simbólica e inconsciente. Aquí es exactamente cuando acontece el símbolo.

Este momento cumbre se puede vivir en soledad o en compañía de otros, portándose entonces nuestra corporalidad de acuerdo a las circunstancias. Si estamos solos, no quisiéramos separarnos de la expresión simbólica que ha provocado dicho estado de ánimo. Se puede tratar de un relato, de una pintura o escultura (una imagen), de un poema, de una canción, una lectura, de una representación teatral, de una representación litúrgica, de una oración o de un salmo; en definitiva, de cualquier expresión que por su fuerza sea capaz de llegar al inconsciente y tocarlo. Esta es la razón por la cual no toda imagen o expresión es simbólica. Una expresión es simbólica, cuando en sí misma tiene la fuerza de provocar el acontecer del símbolo en nuestra mente.

La capacidad de crear *expresiones simbólicas* capaces de provocar el acontecer del símbolo, es la que convierte a alguien en *artista*. Esta capacidad no es exclusiva de un solo grupo humano; es un don que tenemos todos los humanos de todos los tiempos y de todas las culturas. Lo que ocurre -como ya lo indicamos- es que toda expresión simbólica, al nacer dentro de una historia y de una cultura determinadas, se hace más comprensible para quienes están viviendo la misma historia y poseen la misma

cultura. Tengamos en cuenta que las expresiones simbólicas se hacen universales en la medida en que seamos capaces de vivir la interculturalidad, es decir, en la medida en que reconozcamos la verdad y los valores de los otros y en la medida en que entremos en su historia y penetremos en su cultura; de esta manera comprenderemos mejor sus expresiones simbólicas que todos los seres humanos estamos en capacidad de crearlas y de vivirlas. En esto se demuestra nuestra propia humanidad y nuestra capacidad de humanizar. Por eso todos recurrimos a determinadas fuentes de expresiones simbólicas y no quisiéramos separarnos de ellas, porque aquí encontramos una fuente de humanización, y no solo de recreación. Es cierto que la vivencia del símbolo recrea, reposa, distensiona, pero también desafía, compromete, transforma. En la vivencia del símbolo está la raíz del arte y también la de la humanización. Bienaventurado el grupo, la institución o la religión que sepan crear y emplear el símbolo. Mientras lo hacen con maestría y responsabilidad, adquieren fuerza, y cuando lo abandonan o lo descuidan, o cuando lo convierten en algo contradictorio, pierden fuerza y calidad ante sus fieles. Por ejemplo, si examinamos las expresiones simbólicas religiosas, vemos que muchas de ellas, por envejecidas y desactualizadas, ya no le están diciendo nada a la conciencia del ser humano posmoderno, que tiene otros anhelos y pisa otros senderos.

Conocernos a nosotros mismos, darnos a conocer a otros y conocer a los demás, finalidad de todo proceso simbólico

A fin de irnos convirtiendo en humanos, la naturaleza nos ha dotado de diversos instrumentos: los que hacen crecer nuestro cuerpo, para que cumpla su misión de desarrollarse armónicamente, los que desarrollan nuestra afectividad y emociones, los que cuidan del desarrollo de nuestra inteligencia, los que perfeccionan nuestra libertad, los que le dan vida a nuestro consciente e inconsciente, hasta que del resultado y la armonía de todo lo anterior, nace nuestra conciencia, la encargada de llevar a cabo nuestro proceso de humanización. Somos seres complejos y son muchos los sectores de nuestra personalidad que se tienen que armonizar, a fin de cumplir su tarea humanizadora. El símbolo, por su capacidad de unir corporalidad y mundo interior de la conciencia, cumple dicha función. De aquí su importancia y la necesidad de conocerlo a fondo. Esta será la tarea de estas páginas.

A fin de llevar a cabo dicho proceso, la conciencia se sirve del símbolo, como el mejor instrumento que tiene para humanizarse. El símbolo es una cualidad que solo posee el ser humano y que, por lo mismo, está ausente del reino animal.

Para conocerse, el ser humano necesita ser consciente de sí mismo, es decir, aceptar la responsabilidad de todo lo que piensa, dice y lleva a cabo. Ser consciente y responsable de todo esto es lo que nos va dando madurez humana, consistente en hacernos responsables de todo lo que vamos produciendo o creando en nuestro entorno. A lo largo de todo nuestro actuar, vamos dejando expresiones que no solo son signos externos, sino que tienen en sí mismas un *plus* o una carga de energía humana, que les permite entrar en el inconsciente y allí encontrar algo que las plenifica, donde hallan la razón de su ser: las definiciones que reposan en su interior y hacen actuar al ser humano de determinada forma.

Pongamos un ejemplo: un niño, ya en uso de razón, o en capacidad de ejercitar su propia conciencia, experimenta momentos en que los seres de su entorno se alegran y celebran acontecimientos, y para ello hacen comidas especiales, cantan canciones con letras apropiadas para el momento, bailan o danzan ritmos determinados, se colocan vestimentas para la ocasión, se arreglan y hasta se pintan de determinadas formas. ¿Todo esto para qué? Para celebrar algo, algo que los lleve a recordar, y esto que los lleva a recordar se llama *fiesta*. Pero, con el correr del tiempo lo llevan a celebrar una fiesta primero con un grupo afrodescendiente y luego con un grupo indígena, y se da cuenta de que cada colectivo la celebra de modo diferente, tanto por el uso de vestimentas, como de adornos, alimentos, canciones, ritmos y danzas; entonces para entender estas diferencias sabe que necesita el concepto de cultura, y este concepto, a su vez, le exigirá tener claro qué es ser varón, qué es ser mujer, qué es ser familia; y así, un concepto lo irá llevando a otro, hasta que llegue a conformar en su conciencia un cúmulo de definiciones, que se convertirán en parte del mejor diccionario para entenderse a sí mismo y a los demás.

Llegar hasta el mundo de las *definiciones* es lo que se propone todo proceso simbólico. Unir lo manifiesto que tiene toda expresión simbólica, con el escondido mundo de las definiciones, donde cada palabra representa un cúmulo inagotable de experiencias de toda clase. Estas son tan ricas, que todos quisiéramos, por momentos, volver a repetirlas. Y este es el papel de la *expresión simbólica*; se llama así, porque es una expresión destinada a reproducir o vivir un acto simbólico, es decir un acto en el que algo escondido se vuelve a recordar, con las consecuencias que el recuerdo trae para el comportamiento humano. Una determinada canción, por ejemplo, la cual es en sí misma una expresión simbólica, puede hacer vivir de nuevo aquel momento en que alguien se enamoró de su pareja, o le dio su primer beso, etc. De esta forma, lo escondido en el tiempo y en la distancia, puede revivir, con tanta o aún con más fuerza que en el momento primero.

Lo cierto es que el símbolo es algo más que *recordar*. Es *volver a vivir* una experiencia anterior y que ahora habita en el interior de la conciencia, acompañada del cúmulo de otras experiencias que la han ido enriqueciendo con el correr del tiempo. Si la expresión simbólica destinada a revivirla está bien lograda, la mente es capaz de revivirlo todo, cuando la expresión simbólica llegue a la conciencia, o mejor, al inconsciente, que es donde reposan todas las experiencias de la vida, las positivas y las negativas. De aquí el cuidado que se debe tener con estas *expresiones simbólicas* para que tengan la fuerza de despertar a fondo el inconsciente y hacer que él entregue toda la información que tenga, sobre determinado hecho, o sobre determinada definición. Esto es lo que hace un artista, a través de la expresión simbólica que crea, sea a través de una obra literaria en prosa o poesía, o a través de la realización de una obra de arte (pintura, escultura, arquitectura), o a través de una obra musical, o de una expresión corporal (los infinitos ritmos corporales existentes)...

Es, pues, a través del infinito mundo de las definiciones que cada ser o grupo humano se da a conocer a sí mismo y conoce a otros. Por eso el mundo de las

definiciones es tan importante. Y es a este mundo, al que en definitiva le apuesta toda expresión simbólica y todo el sistema simbólico que nos ocupa.

Hecho este recorrido superficial del símbolo, entremos a profundizar sus componentes. La finalidad de todo lo anterior es la de contar con un hilo conductor que impida que nos perdamos, al comenzar a profundizar en los diversos componentes del símbolo.

Parte segunda: ampliación de los componentes del símbolo

Definición de símbolo

Definición etimológica del símbolo

En el recorrido anterior, destacamos, como parte sustancial del símbolo, su capacidad de unir dos mundos: el de la corporalidad y el de la conciencia. Esto lo refleja directamente la etimología de la palabra “símbolo”.

Símbolo viene de la palabra griega *símbolon*, que a su vez procede del verbo griego *sim-ballo*, que significa: “con-juntar”, de la preposición *sym=con* y del verbo *ballo=juntar*. El verbo *ballo*, como parte de la etimología de *símbolo*, puede confundirnos un poco, ya que su significado contiene una idea básica, dinámica, que significa lanzar, tirar, colocar, que al estar en compañía de aquella preposición *sym*, termina indicando que se comparan o se contrastan dos cosas, las cuales, por lo mismo, quedan juntas. De todas maneras, se trata de dos cosas que se juntan, sea para compararlas, sea para contrastarlas, sea para convertirlas en señal o contraseña. Por eso el Credo, llamado *símbolo de los Apóstoles*, sirvió, entre los primitivos cristianos, de señal para distinguir a los fieles.

Ya sabemos que esta es precisamente la esencia del símbolo: reunir, juntar, asociar dos realidades (mundo exterior de las corporalidades y mundo interior de la conciencia o del inconsciente).

Contrario a *símbolon* existe otra palabra griega *diábolon*, que también ha pasado a nuestro vocabulario castellano bajo la palabra *Diablo* y que le da fuerza a nuestro concepto de símbolo. La palabra *Diábolon* procede del verbo griego *dia-ballo* que significa des-juntar (separar, disociar), de la preposición *dia=des* y del verbo *ballo=juntar*. De esta manera el nombre de *Diablo* significaría el papel que realiza este ser mítico, que en su actuar divide, separa, disocia. Quien haga este papel merece el nombre de “diablo”.

Definición existencial del símbolo

Como conclusión del recorrido anterior y como comienzo de la ampliación de conceptos que ahora comenzamos, existencialmente definimos al símbolo de esta manera:

En razón del activante del símbolo o de la *expresión simbólica*.

Símbolo es el resultado del encuentro entre estas dos realidades: una expresión externa, de cualquier tipo, y una reacción interna frente a la misma. Es decir, algo que el ser humano palpa, a través de cualquiera de sus sentidos y que, al ser llevado al interior de la conciencia, produce un efecto, una reacción notable en la misma. Esta reacción que se da en la conciencia, le permite a esta soltar información valiosa que ella tiene guardada en su inconsciente. Por ejemplo, la expresión simbólica de una pintura como la de la *Monalisa* o la del *David* de Miguel Ángel, o como la de la pareja humana de Gustav Klimt, pueden despertar en el interior de quien las admira todo un cúmulo de experiencias o acerca de la mujer en general, o del varón en particular o de la pareja humana, vistos desde la belleza de sus cuerpos y de su sexualidad.

Estas imágenes se llaman “expresiones simbólicas” porque son expresiones que necesariamente van a producir algún efecto en la conciencia de quien las recibe.

En razón de la entrega de información que hace el inconsciente.

Símbolo es la revelación más profunda posible que el ser humano hace de su interior, gracias al incentivo que él recibe a través de una “expresión exterior” cargada de sentido, que hace reaccionar la conciencia de quien la recibe.

En razón del efecto que produce el encuentro de la expresión simbólica con el inconsciente.

Símbolo es el acto por el cual lo oculto, lo secreto y lo desconocido del inconsciente, se vuelve manifiesto, abierto y conocido, proporcionándole de esta manera a la persona que vive el acto simbólico, gran reposo y satisfacción y, en muchos casos, sanación interior. Esta sanación se debe a que la persona que experimenta el acto simbólico siente que las definiciones que llenan su conciencia, al ser renovadas, sanean todo su ser.

Acerca de la primera definición que hace énfasis en la *expresión simbólica*, anotemos:

- Una expresión simbólica logra despertar el inconsciente, con mayor o menor fuerza, en la medida en que los dos coincidan con la misma historia y la misma cultura.
- Una expresión simbólica que proceda de una cultura diferente a la del inconsciente al que se dirige, no causa ningún o mayor impacto, ya que el inconsciente la desconoce.
- Una religión que importe expresiones simbólicas de una cultura diferente a la del inconsciente al que se dirige, no solo hace un acto irrespetuoso de la cultura a la que va dirigida, sino que hace un acto inútil, inocuo, que deja indiferente a quien recibe dicho mensaje. La religión aquí se vuelve inútil.

- Algo parecido ha ocurrido y sigue ocurriendo con las culturas a las que la iglesia católica evangeliza. Nos referimos a la Iglesia Católica porque es la iglesia que ha recogido y esparcido las expresiones simbólicas de la cultura romana, hermosas en sí, pero que, a lo largo de los siglos, no han tocado lo suficiente a las culturas diferentes que, pueden asistir con admiración y respeto a una liturgia, sin que su inconsciente sea impactado ni movido a la conversión o a un mayor compromiso. Puede que una expresión simbólica, por novedosa, despierte cierto interés en otra cultura, pero de aquí no pasará de ser novedad de un día, para convertirse en rutina del mañana.
- La reflexión anterior nos estaría pidiendo no solo renovar las expresiones simbólicas envejecidas y desactualizadas, sino que nos exigiría crear expresiones simbólicas propias, a partir de la cultura a la que se evangeliza. Este es el paso que más le cuesta dar a nuestra iglesia, ya que no ha reconocido todavía a otras culturas, distintas a la cultura cristiana-romana. Creer en la verdad y en el trabajo del Espíritu Santo en otras culturas diferentes, no es fácil, ya que trae consecuencias que afectarían el dogma. Sin embargo, algo se ha logrado, en tanto la iglesia ha ido aceptando y adoptando un modelo de evangelización o de pastoral diferenciada, de acuerdo a la cultura de cada grupo humano.
- Algo que vale la pena tener en cuenta, frente a los evangelizadores en una cultura extraña, es decir, aquella que no es la propia, es la dificultad que enfrentan para crear expresiones simbólicas religiosas o socio-religiosas que toquen con respeto y efectividad las conciencias de esta nueva cultura que ellos solo conocen superficialmente. Cuando el evangelizador se siente inseguro frente a una cultura que no conoce, se dedica, como es obvio, a crear expresiones simbólicas a partir de su propia cultura, la cual a su vez es desconocida por los evangelizados. Así se cae en una evangelización irrespetuosa, dañina, impositiva, alienadora. ¿No es esto algo muy grave? ¿No es esto lo que ha pasado y sigue pasando en la evangelización de los pueblos, de la cual la iglesia oficial se siente tan orgullosa?

Acerca de la definición que hace énfasis en el inconsciente que entrega su información, caigamos en cuenta:

- El inconsciente no suelta su información seleccionándola, sino que la entrega tal y como la tiene en su interior. Por eso, puede entregar una información que no se espera, o que escandalice, o que exija más de lo que se está en capacidad de aceptar, etc. Por eso con el inconsciente no se puede jugar. Si se le toca, hay que estar dispuestos a aceptar y saber manejar su información.
- La información que entrega el inconsciente no debe ser valorada bajo

parámetros de moral, pues se confundiría el acto simbólico con un proceso de pecado. Por ejemplo, cuando una expresión simbólica va cargada de elementos afectivos y se le aplica al campo espiritual o divino, pueden presentarse propuestas amorosas que escandalizarían a quienes están en la formalidad de una moral estricta. Esto es lo que pasa con muchos escritos místicos, en los que la afectividad humana se aplica a Dios, con resultados que muchos no aceptan o que califican de escandalosos y que llegan a ser objeto de prohibición.

Acerca de la definición que hace énfasis en el efecto que produce el encuentro de la expresión simbólica con el inconsciente (revelar lo oculto, lo reservado, lo desconocido), notemos:

- Aquí está la fuerza sanadora del símbolo. Esta potencialidad sanadora fue la que captó, estudió y aprovechó Sigmund Freud, para convertirse en el padre de la siquiatria, ciencia que sigue haciendo inmenso bien a la humanidad.
- Aquí está también la explicación de la mística, una forma especial de vivir la espiritualidad, a base de adentrarse en *lo oculto* o *secreto* de Dios, desentrañando el *misterio* que Él encierra. Recordemos la etimología de misterio y, por lo mismo, de mística: ambos vienen de la raíz griega *myo*=cerrar, ocultar. La mística siempre tendrá que ver con *lo oculto* de Dios.
- Esta es la razón por la cual a Jesús de Nazaret se le llama *El símbolo* de Dios, ya que su encarnación y su corporalidad revelan lo más secreto de Dios, su amor, encerrado en la historia, y plenamente *revelado* a través de Jesús, cuyo ser es la perfecta expresión simbólica, esperada y leída como *mesías*, a lo largo de la historia.

Los componentes literarios del símbolo

Costumbres que corroboran tanto la realidad fraccionada del ser humano, como la fuerza unitiva del símbolo

En la práctica humana, encontramos costumbres o hábitos simbólicos, en el sentido de que usamos determinados objetos, o accesorios, o adornos o aderezos, (anillos, dijes, imágenes, piezas artesanales, pictóricas o escultóricas, pequeños poemas o frases literarias, etc.), es decir, toda clase de realidades fraccionables que, al ser de hecho fraccionadas y conservadas por cada una de las partes interesadas en torno a un proyecto de vida, recuerdan a la parte ausente, evocan permanentemente su presencia, y alimentan la conciencia, permitiendo que esta guarde fidelidad, profundice el compromiso amoroso o de amistad adquirido, y lleve a los interesados a realizar un proyecto en compañía.

Cada fragmento de la *expresión simbólica* dividida, es un llamado permanente a mantener vivas las relaciones con alguien separado por el tiempo y el espacio. Se trata de dos personas que se quedan, cada una con una parte: dos amantes, dos huéspedes, dos peregrinos, dos amigos, dos participantes en un proyecto, dos miembros de una misma familia o de un grupo determinado. El día en que se acerquen esas dos partes o fracciones, revivirán las experiencias del pasado y aquel amor puesto en las mismas.

Esto nos explica la inmensa carga afectiva que tienen las expresiones simbólicas fraccionadas, porque el ser humano las cultiva y le agrada poseerlas. Se trata de que somos seres profundamente o esencialmente simbólicos. Cada ser humano es psicológica y espiritualmente fraccionado, que trata de encontrar *su* otra parte en otro amor humano, o en la entrega a un proyecto de vida, que los hay de diferentes tipos y calidades. Cuando encontramos esa otra fracción de nuestro ser, es cuando cada uno de nosotros logra *sentirse realizado*.

Los elementos que hacen parte de un símbolo, o de un proceso simbólico

El hecho histórico, punto de partida para entender el símbolo

La historia, constructora de cultura, es la que genera los hechos que, por algún motivo, quieren ser conservados y que para esto van a parar al inconsciente, en donde quedan guardados, pero disponibles a ser de nuevo activados. Se trata de acontecimientos, grandes o pequeños que, de una u otra forma, afectan los esquemas culturales de la mente, los hacen reaccionar y los ponen a reflexionar.

Siempre hay acontecimientos que tienen suficiente capacidad de conmover al ser humano y que, por lo mismo, este considera que deben ser conservados, para que, bajo su recuerdo, el ser interesado vuelva a tener la vivencia original que, en algún momento, tanto lo afectó. El símbolo -en este caso- no es otra cosa que el retorno a un acontecimiento vivido, para volver a sentir su realidad, su mensaje, positivo o negativo, alegre o doloroso, transformador o defensor de estructuras. El ser humano, por naturaleza, tenderá siempre a volver a lo vivido, pues ahí encuentra energías que le dan razones para vivir.

El inconsciente personal, que se alimenta de la historia personal, se complementa con el inconsciente colectivo, que se alimenta de la historia que va viviendo la colectividad. Ambos son un referente para el ser humano, a quien le toca vivir no solo una historia individual, sino también fusionada con la de otros; la suya no es una experiencia solo personal, sino también experiencia de ser miembro de un colectivo. El inconsciente es el depósito de todos los hechos que va viviendo cada ser humano, desde el momento de su concepción. Por eso debe ser uno de los primeros elementos en formarse en su interior, aún antes de tener su cerebro completamente desarrollado, dado que le toca dar razón de las primeras sensaciones recibidas de parte de la madre, y del mundo que la rodea a ella. La praxis de la siquiatria recurrirá muchas veces al inconsciente que se forma en el vientre materno, para ejercer actos curativos.

La memoria de cada hecho que tiene que ver con cada uno de nosotros se

deposita en nuestro inconsciente y hace del mismo un depósito inmenso, infinito de sensaciones procedentes de cada hecho histórico vivido. Cada uno de ellos queda depositado no cuantitativamente, sino en forma de pulsiones síquicas a las que se puede recurrir, o a las que se les puede hacer un llamado, a través de los mensajes que les enviamos en las expresiones simbólicas que lleguemos a crear.

El inconsciente tiene una capacidad indefinida de almacenamiento, dado que los hechos no se guardan de una manera física, sino de un modo síquico, lo cual no ocupa lugar. De todas formas, los hechos históricos, síquicamente vividos, se depositan y se agrupan en el inconsciente, no de una manera pasiva, sino de forma activa, es decir, relacionándose con todo lo que existe en el mismo, y buscando salir creativamente de allí, para hacer parte del consciente, que inmediatamente rige las nuevas acciones del ser humano. El inconsciente, pues, busca salir o hacerse presente en las obras que realizamos, sobre todo en aquellas que de alguna manera comprometen nuestra afectividad o nuestra sensibilidad interior. Las diversas expresiones artísticas son un gran medio de darle salida al inconsciente que interiormente nos acosa para hacerse sentir. Por eso estas acciones tienen un valor no solo creativo, sino sanativo; son el medio de canalizar al inconsciente que busca salida y de esta forma no nos enferma. Cuando a este inconsciente no le damos salida, él se la toma y se hace presente en nuestros sueños, cuando nuestra voluntad, por estar en vigilia o descanso, lo permite todo. Por eso nuestros sueños son a veces tan desbocados, reflejándose en ellos lo más limpio o lo más sucio de nuestro interior, lo que nos enorgullece o lo que nos avergüenza. Precisamente Freud aprovechó los sueños, para convertirlos en posibilidades de sanar el interior humano.

El hecho histórico vivido queda transformado en una nueva realidad

En el ejercicio de desarrollar su capacidad cognoscitiva, el ser humano asume por medio de sus sentidos todos los acontecimientos vividos, pero transformándolos, primero en una imagen mental y luego en una representación enriquecida de lo que acaba de vivir. Esta es la tarea que realizan los esquemas simbólicos mentales a través de los cuales pasa el suceso. Este paso de convertir el hecho histórico exterior en una representación mental del mismo, capacita al hecho histórico para ser captado por la memoria y así mismo ser convertido en depósito destinado a enriquecer el inconsciente. ¿Cómo ocurre esto?

Cada ser humano posee unos esquemas mentales propios, a través de los cuales lee cada acontecimiento, afectando la realidad o la vivencia de los mismos. Estos esquemas mentales son las distintas visiones que cada ser humano adquiere, a partir de la historia que va viviendo y de la cultura que posee. Estos esquemas mentales o formas de ver las cosas, provienen de los contextos que rodean a todo ser humano, pero que la historia y la cultura propios los hacen exclusivos: su propia realidad económica, social, familiar, educativa, política, religiosa, intercultural, etc. Es decir, cada ser humano a través de su historia y de su cultura, va conformando muchos modos de ver, de sentir, de analizar y de valorar cada acontecimiento que vive. Esto

hace que cada persona sea diferente de las otras y que, por lo mismo, tenga su propia visión o cosmovisión de los acontecimientos. Cada acontecimiento queda influenciado por nuestros propios modos de verlo, frutos de nuestra historia y nuestra cultura.

En el momento en que cada acontecimiento es asumido por la mente y en el proceso que va a seguir hasta ser depositado en el inconsciente, pasa por toda esta multitud de esquemas mentales, que necesariamente van a afectar la interpretación del mismo. Por eso, lo que se deposita en el inconsciente no es propiamente el hecho objetivo en sí, sino el hecho en cuanto vivido y asimilado por los esquemas mentales de quien lo ha observado.

Finalmente, el hecho histórico vivido y enriquecido por los esquemas mentales culturales, queda depositado en el inconsciente, pero con la capacidad dinámica ya señalada de estar dispuesto a dejarse interrogar por la expresión simbólica que lo confronte

Todo acontecimiento queda modificado por los esquemas simbólicos propios de la mente que lo captó. De esta manera, el acontecimiento queda enriquecido y ya no es *un* acontecimiento, sino *mi* acontecimiento. Y así, como algo propio y único, queda registrado en el inconsciente. Esta es la razón por la que un acontecimiento, vivido por personas de diferentes culturas, puede tener un significado distinto para cada una.

El no caer en cuenta de estas diferencias histórico-culturales nos lleva a centrarnos en nuestra verdad, en nuestra propia visión de las cosas, a no tener en cuenta la verdad de los otros, desvalorizándolos, excluyéndolos y a veces hasta condenándolos. ¿No es esto lo que ocurre en comunidades complejas o compuestas de diversas culturas, como Colombia y casi toda América Latina? Esta es la tragedia de los gobernantes, políticos y religiosos que, siendo de otra cultura, son nombrados para regir los destinos de comunidades que pertenecen a otra historia, a otra cultura y que, por lo mismo tienen otras ideas, otras verdades, otra ética, muchas veces diferentes a las de quienes los gobiernan, con el peligro de ser despreciados, recriminados y hasta condenados por los mismos.

Allí, pues, en el inconsciente, bajo los efectos de la memoria, permanece indefinidamente el acontecimiento, como un ser vivo, en espera de ser llamado de nuevo a la historia, cuando la mente le envíe una expresión simbólica que lo haga reaccionar.

Lo cierto es que el inconsciente, depósito de todos los acontecimientos captados y enriquecidos por nuestros esquemas simbólicos, no es un depósito pasivo, sin actividad. Allí unas ideas se confrontan con otras, allí se encuentran las definiciones de cada ser, esas que hemos heredado, pero que igualmente hemos venido reconstruyendo, enriqueciendo o recortando y empobreciendo. Ahí encontramos mil razones cada día bien para progresar o estancarnos, para tranquilizarnos o confundirnos, para ser más humanos o más animales, o para vivir en felicidad o en permanente insatisfacción. Por algo Sigmund Freud escogió el inconsciente como su campo de estudio y de sanación. Gracias a él hoy sabemos el poder curativo o enfermizo del inconsciente, y lo reconocemos como la mejor mediación para humanizarnos.

Si resumimos el papel del hecho histórico, diríamos:

- Todos los sucesos son importantes en la vida humana, pues la mente bebe de ellos y pudiendo extraer algún tipo de verdad que, al incorporarse a su inconsciente, le puede servir o ayudar.
- Hay sucesos que afectan a unas personas, mientras a otras las dejan indiferentes. Esto depende de la lectura que cada mente hace de los mismos.
- Los sucesos que, de alguna manera afectan los intereses de un colectivo, son los que van construyendo historia y esta a su vez, es la que va creando cultura, entendida aquí como la capacidad que tiene todo ser de humanizarse.
- Los hechos históricos, al ser asumidos y modificados por los esquemas simbólicos mentales, y al ser depositados en el inconsciente, se convierten en fuente de definiciones o de ideas-madre en cada conciencia. Es, pues, la historia la que va construyendo nuestro propio diccionario mental.
- Y es también la historia la que lo va modificando o afianzando o anulando.
- Pero el papel anterior lo realiza la historia respaldada por la cultura, también creación suya, que hace que toda definición sea algo propio y que toda cosa o realidad pueda tener una cantidad inmensa de definiciones, según el número de culturas y, a veces, de personas de un colectivo.

Vale la pena resumir el proceso que configuran los esquemas mentales y darle algún orden; a fin de ver su gran valor en el proceso simbólico:

- El ser humano siempre tiene la capacidad de conmovirse frente a los hechos que va experimentando en su historia.
- Esta capacidad de conmovirse depende no tanto de los hechos en sí, sino de los esquemas mentales que tiene cada ser, los cuales, al leer el acontecimiento, se lo apropian y lo modifican, dándoles así posibilidad de afectarle tanto positiva como negativamente.
- Todo grupo humano, según su historia y cultura vividas, adquiere una forma propia de ver las cosas, tiene su propia cosmovisión y construye sus propios esquemas mentales o culturales.
- Todo acontecimiento es leído por estos esquemas simbólicos culturales, y es a través de ellos como se filtra hacia el interior de las personas.
- Los esquemas mentales se constituyen en estructuras que, al afectar nuestra propia visión de las cosas, se constituyen en *esquemas simbólicos*, destinados a colaborar en el acontecer del símbolo.
- Son estas mismas estructuras de la mente las que descomponen el suceso, toman de él lo que les interesa y a esto lo cargan de su propia visión y de sus propios sentimientos.

- De esta manera el suceso, por la acción de los esquemas mentales y culturales, toma una nueva forma, que es la que va a ser almacenada en el inconsciente. Esto hace que el suceso se personalice y se convierta en *mi propio* acontecimiento.
- Esta capacidad de apropiarse el acontecimiento hace que cada espectador tenga *su* verdad sobre el mismo; una verdad que puede ser diferente a la de los demás.
- Muy pocas veces recurrimos a la verdad personal de los otros y esto nos convierte en sus condenadores y castigadores, al mismo tiempo que merma nuestra capacidad de perdón.
- La sociedad ordinariamente juzga y castiga de acuerdo a una verdad que llama *objetiva*, dándole a la verdad subjetiva apenas posibilidad de ser empleada en el momento de la defensa. Generalmente no se le hace caso a esta verdad subjetiva, pues de lo contrario nadie sería condenado ni castigado.
- En la práctica y en los juicios, la verdad subjetiva, ha quedado relegada al ejercicio de la religión, en momentos donde a nombre del Dios que conoce el interior de los seres, se le otorga el perdón a alguien.
- Sin embargo, en la práctica médica, psicológica y psiquiátrica, se tiene en cuenta la verdad subjetiva, que tiene una capacidad inmensa de curación.

El inconsciente, destino final de toda expresión simbólica, también recoge nuestra ancestralidad o nuestros arquetipos

El inconsciente adquiere tanta importancia en cada persona, porque él recoge, desde el primer instante de su aparición en el ser humano, la información ancestral que recibimos a través de nuestros padres; esa herencia que va a marcar nuestras tendencias buenas y no tan buenas, los secretos depositados en la ancestralidad y que pueden venir heredados desde millones de años atrás, lo mismo que los arquetipos que hacen que el ser humano tienda a comportarse como un humano. y no como un animal, en tanto recoge las imágenes antiguas que pertenecen al tesoro común de la humanidad. Esas imágenes nos aparecen en los momentos menos pensados, en las circunstancias más extrañas, en nuestros sueños, en nuestras meditaciones, en los momentos en que le damos al inconsciente posibilidades de que nos hable.

Los especialistas llaman *arquetipos* a esta herencia ancestral; la palabra etimológicamente significa *modelo primitivo* (de una cosa). Ya hemos expresado que la mente humana tiene características propias en cada ser humano, debido a su historia y a su propia cultura, sin embargo, todos los humanos, en determinadas cosas, tenemos comportamientos comunes. Los especialistas llaman a esto *Arquetipos*. Obedecen a arquetipos heredados, que nos hacen ser niños como todos los niños, jóvenes o adultos o ancianos como todos los de todas las culturas. Por eso la idea de niño, o de padre, o madre, o adulto, o anciano sabio, coinciden en gran parte en todas las culturas.

Todo grupo tiene su propia ancestralidad, que puede activarse en alguno de sus

miembros, en la medida en que se entre en contacto con las fuentes ancestrales de la institución. De aquí el interés de las instituciones de que sus miembros entren en contacto directo con el pensamiento original, a través de la lectura de sus escritos. Esto lo solemos llamar *beber de las fuentes* o *formarse en las mismas fuentes*. Este ejercicio o acto es el que corrige los desvíos y las posibles malas interpretaciones de la doctrina y de las acciones que están en los orígenes de toda institución.

El acontecer del símbolo, (es decir, el símbolo), se realiza cuando la conciencia termina asumiendo las propuestas que le trae la expresión simbólica que la interpela

Puesto que en el inconsciente se encuentran todas las definiciones que hemos heredado, elaborado y transformado, ahí va a llegar la expresión simbólica, con un mensaje especial para las realidades que, en forma de definición, se encuentren en el inconsciente. Este mensaje especial puede tocar en particular a alguna de las realidades o definiciones que el inconsciente tenga en su interior. Y allí, en él, se confrontan esas dos realidades: la expresión simbólica (lo nuevo que llega) y la definición que se tiene (lo que se hereda o se ha ido construyendo con el tiempo); de esta confrontación saldrá una reacción agradable o desagradable, que incidirá, en cadena, no solo en la persona afectada por la expresión simbólica, sino también en quien o en quienes la crean y la envían. Prácticamente es toda la sociedad la que queda afectada, para bien o para mal.

Es, pues, el inconsciente el lugar donde se confrontan tanto las definiciones que yacen en el interior como las expresiones simbólicas que vienen de fuera. El símbolo, o el acontecer del símbolo consiste exactamente en esta confrontación. El inconsciente, por lo mismo, se constituye en el lugar de los mejores encuentros y reencuentros, de las más duras confrontaciones y de las posibilidades de transformación o de perversión. Lo interesante es que aquí, entre lo más limpio y lo más sucio, lo más santo y lo más pervertido, entre lo más sano y lo más enfermo, entre la gracia y el pecado, acontece el símbolo. Solo enviándole al inconsciente expresiones simbólicas correctas, lograremos que él reaccione positivamente y realmente se convierta en mediación de humanización. Pero, en realidad, el acontecer del símbolo no es, en sí mismo, ni bueno ni malo. Será lo que la expresión simbólica ponga en marcha, según la propuesta que ella le haga a la realidad con que se confronta.

Pongamos un ejemplo final para terminar de entender el valor de un proceso simbólico, tomando el caso de la mujer. Podemos haber heredado acerca de ella la idea de que es un objeto de placer y de que el varón la puede manejar a su antojo. Esta idea puede ser reforzada o cuestionada, o corregida por medio de las diversas expresiones simbólicas que vaya recibiendo la idea o definición que de ella tenemos en el inconsciente. Un día puede ser una propaganda donde se le presenta como objeto de placer, otro día puede ser una lectura que haga lo mismo, pero también puede tratarse de una obra de arte, o de una fotografía o de un ritual, donde se le presente como un ser lleno de derechos, dignidad, bondad, ternura o belleza que la valoran y la llenan de plenitud. Toda obra de arte sobre la mujer tiene la posibilidad de

destacarle algún valor y de entregarle dignidad... Por algo son *obras de arte*. Las obras de teatro y en general, las representaciones escénicas (el cine, por el ejemplo), crean expresiones simbólicas de gran fuerza, pues la imagen viene reforzada con los gestos, la voz, la música y la escenografía. Aquí nada es indiferente. Por eso, casi siempre que la expresión simbólica toca el inconsciente y ahí hace algún papel, el auditorio reacciona con un aplauso... El aplauso o los gritos son la respuesta al acontecer simbólico que acaba de ocurrir. Cada uno de estos acontecimientos simbólicos sobre la mujer puede ir corrigiendo y transformando la definición de mujer que ha alimentado nuestra conciencia.

Conclusiones

Una vez más, podemos decir que el acontecer simbólico es como un viaje que realiza una expresión simbólica a lo profundo del ser humano, buscando que su mensaje llegue y toque la realidad interior del mismo, y de esta manera integre sus fuerzas, interiores y exteriores y así lo oculto quede revelado y lo indecible se convierta en expresable y comprensible, lo intocable quede cuestionado y, de esta forma, el propio interior quede reconstruido y sanado. Y así, desde los procesos simbólicos individuales y personales, la sociedad se vaya transformando y perfeccionando. La meta final del acontecer simbólico es la transformación y perfeccionamiento de la sociedad. Con la transformación de cada persona gana siempre toda la sociedad.

Referencias

- Bailey, H. *The lost language of symbolism*. (1952).
De la Torre, G. (2014). *Los milagros de Jesús y sus relatos según los evangelios sinópticos*. Ediciones Fundación Universitaria Claretiana.
Pérez-Rioja, J. (1988). *Diccionario de símbolos y mitos*. Editorial Tecnos, S.A.